

Construyendo el poder suave de México

César Villanueva Rivas

Hace algunos años, en un encuentro inesperado con el gran escritor Carlos Fuentes en una sala del aeropuerto Heathrow, sostuvimos una charla breve pero aún memorable. Empezamos a hablar de las tiras cómicas danesas del *Jyllands-Posten* sobre Mahoma, para terminar sobre los avances en mi tesis doctoral, en esos años en proceso aún. En algún momento de la conversación me vi en la necesidad de explicar mi entendimiento de lo que el *poder suave* significaba para mí, dado que ése era uno de los ejes de mi investigación. El escritor me escuchó con una paciencia notable y con una atención que era, seguramente, preámbulo a sus propias cavilaciones. Recuerdo bien lo que me dijo como respuesta a mis inquisiciones: “El poder suave es como una *caracola de mar* que, por un lado, te deja escuchar el interior de sí misma y, por el otro, te permite emitir un sonido potente y firme hacia el exterior”. Me pareció una metáfora precisa y generosa. Ciertamente, los Estados nación tienen caracolas de mar, en las que se puede escuchar, por un lado, su identidad profunda, sus misterios y sus visiones nacionales, y, por el otro, sus sonidos se transforman en herramientas de política exterior para atraer, comunicar y persuadir a los demás países de la importancia de su mensaje hacia el mundo. Sigo pensando que la metáfora de Fuentes es una ilustración literaria espléndida de cómo se puede entender el tema central de este número de la *Revista Mexicana de Política Exterior* (RMPE).

El *poder suave* es un concepto disruptivo que ha hecho repensar la forma de entender la política exterior de las naciones, al menos desde fi-

nales de los años ochenta. Se concibe como una estrategia diplomática que algunas naciones utilizan para alcanzar sus objetivos de política exterior, mediante la persuasión, la atracción y el convencimiento, y de esta manera, como reza la frase en inglés, “ganar las mentes y los corazones de los otros”. El concepto, acuñado de manera precisa por el profesor Joseph S. Nye, Jr., a principios de los noventa, está compuesto por tres ejes: la legitimidad de las acciones de política exterior de los Estados, los valores que defienden las instituciones y políticas internas de una nación y, no menos importante, las manifestaciones propias de sus expresiones culturales. Dicho de manera muy simplificada, el poder suave es una forma de llegar a otras naciones con un mensaje diplomático atractivo, ciertamente interesado, pero cargado también de formas amables, en el que los valores civilizatorios y la cultura son la carta de presentación.

En el mundo anglosajón, donde se origina el concepto, se le asocia con la diplomacia pública y, en menor medida, con la diplomacia cultural. En los países de la Europa continental occidental, el término no es ajeno, pero se afilia con acciones de promoción cultural con una fuerte intervención del Estado. En América Latina, se percibe como una combinación de propaganda cultural, comunicación estratégica, turismo e incluso marca país. En diversas naciones, el poder suave se ha operacionalizado también para incorporar elementos, como la cooperación internacional, las industrias culturales y del entretenimiento, los centros culturales, los canales de televisión/radio cultural o los intercambios académicos. Hoy en día también hay referencias del poder suave hacia el comercio internacional, la industria del cine y la televisión, las redes sociales, el patrimonio cultural, la cultura popular o, incluso, de manera más específica, hacia las artes, los diseños, los museos, los institutos culturales, la enseñanza de idiomas y al papel de las universidades nacionales, siempre visto, claro, desde una dimensión internacional.

Se podría cifrar el éxito del concepto *poder suave* en razón de un conjunto de factores coyunturales y, al menos, uno estructural. Entre los primeros factores están el fin de la Guerra Fría a finales de los ochenta y la subsecuente configuración de un mundo global, anclado sobre bases políticas claramente liberales, encabezadas por los Estados Unidos de América. La influencia material y cultural de esa nación en el mundo de la posguerra fría facilitó el uso del poder suave en su política exterior, particularmen-

te en un gran contraste con la caída de la Unión Soviética y el posterior colapso de los países de Europa del Este. Algunos de los liderazgos que emergen de este episodio, ejemplificados en los presidentes Ronald Reagan, Bill Clinton y, más recientemente, Barack Obama, ayudaron a consolidar una visión de poder suave estadounidense. Tampoco debe perderse de vista que el concepto es un producto propio de la consolidación de una academia estadounidense de corte liberal, capaz de pensar e influir en las teorías e ideas sobre política internacional en el mundo, que además ha contado con recursos generosos y una diplomacia atenta a esa manera de definir los intereses de Estados Unidos.

El factor estructural que aquí se distingue, como una obviedad, es que el poder suave es de hecho la variante de una categoría más amplia y universal en la ciencia política: el arte de la retórica, la argumentación y la persuasión. Se sabe de la relevancia de estas formas de poder, al menos desde Tucídides y Aristóteles, pasando por Nicolás Maquiavelo, Jean-Jacques Rousseau e Immanuel Kant. Con más claridad y aplicación precisa en la política exterior de un Estado, sobresalen el cardenal Richelieu en el siglo XVII, y Benjamin Franklin en el XVIII. En una vertiente más cercana a nuestra época, autores como Antonio Gramsci, Theodor Adorno o el mismo Louis Althusser proponen conceptos cercanos al poder suave, como el de la *hegemonía cultural*, la *instrumentalización de la cultura* o los *aparatos ideológicos de Estado*, como elementos de atracción y control de los Estados. Los debates sobre la libertad política, la promoción de la democracia y las sociedades abiertas tienen lugar en la sustancia del concepto que propone Nye, por lo que autores como Karl Popper, John Rawls o Isaiah Berlin ofrecen lecturas políticas en sus propios términos, que amplían el debate sobre poder suave. En épocas más recientes, Benjamin Barber, Régis Debray, Manuel Castells, Frédéric Martel, Moisés Naím o Michael Barnett hablan de las implicaciones de poder cultural, las comunicaciones, la gobernanza global, la diplomacia cultural, la difusión de los poderes y las industrias de la cultura y el entretenimiento, llamando nuestra atención sobre esferas de poder que actúan con lógicas persuasivas, con luchas por la conquista de las conciencias e identidades, de manera que todo esto supera con mucho lo que los Estados por sí mismos pueden hacer en la actualidad. En todo caso, como se puede entender, el linaje político del poder suave va más allá de una coyuntura o de ciertos actores.

Se puede comprender como una dimensión misma de las relaciones de poder contemporáneas, quizá más importantes por su ubicuidad global.

Joseph S. Nye, padre del concepto, ha hablado de las dificultades de fijar un significado estricto para el poder suave, y refiere a la polisemia que provoca el término. De su primera aproximación teórica a finales de los ochenta a lo que se tiene hoy, ha habido varias adecuaciones y cambios. De un poder suave legitimador de la hegemonía estadounidense después de la caída del Muro de Berlín en *Bound to Lead: The Changing Nature of American Power* de 1990, a un diagnóstico cauteloso del poder suave estadounidense en el mundo, en *Soft Power: The Means to Success in World Politics* de 2004, para finalmente completar una visión transformadora en *The Future of Power* de 2010, que incorpora una visión más allá de Estados Unidos y el estatocentrismo que lo caracterizaba. De hecho, el mismo Nye ha provocado una evolución del término hacia lo que también se conoce como *poder inteligente (smart power)*, combinación de los poderes duro y suave. Sin embargo, los usos y aplicaciones específicas en la diplomacia hacen que sea muy difícil cristalizar una definición estable. Se puede decir que el poder suave es ya un concepto con vida propia.

Hace algunos años, en una reunión de alto nivel diplomático internacional, escuché decir a un funcionario de la Unión Europea que el poder suave de la Unión dependía de su capacidad de persuadir a otros países de la superioridad de los valores que defendía la civilización occidental, cuyo origen se ubica en Europa. Después, un diplomático estadounidense subió al estrado y habló del poder suave como una concepción que pone en el centro del sistema internacional la capacidad de Estados Unidos de liderar al mundo, con la legitimidad democrática y los valores liberales aceptados universalmente. Más tarde, un diplomático chino habló del nuevo poder suave asiático, empujado por los valores de su país, basados en una civilización ancestral, una apertura comercial y una disciplina inquebrantable, lo que indudablemente llevaría a la prosperidad a las naciones asiáticas y, de paso, al resto del mundo. Finalmente, un diplomático peruano habló del poder suave de su país, de su formidable tradición culinaria, sus ciudades amables, sus artesanías y el trato cálido de sus compatriotas con los extranjeros. Con esto, uno se pregunta si es posible poner todo lo anterior en un mismo cesto y hablar de poder suave sin reservas.

No es fácil, mucho menos evidente, que el poder suave acomode a todas las naciones. Habría claras distinciones por hacer. En sus ideas sobre el poder, Nye dice que las naciones con capacidad militar y económica considerable tienen más posibilidades de instrumentar un poder suave que las que no la tienen. En efecto, países con una tradición hegemónica están más predispuestos al uso del poder suave, en cualesquiera de sus vertientes conocidas en la práctica diplomática, *i. e.* diplomacia pública, comunicación estratégica, propaganda, diplomacia cultural, etcétera. Lo hicieron y lo hacen a su manera Francia, Reino Unido, Italia, Alemania, Japón, Estado Unidos, Unión Soviética y ahora, con un estilo unipersonal y regional, Rusia. Sin embargo, el tener poder duro no es un requisito *sine qua non*, como ejemplifica el propio Nye. Países como Noruega, Costa Rica, el Vaticano, España, Sudáfrica o Canadá ejercen una influencia considerable en temas muy variados y tienen una reputación muy consolidada internacionalmente, aunque su poder no se base propiamente en su capacidad ni militar ni económica. Un tercer grupo es el de aquellos países que cuentan con un poder duro reconocible, pero que utilizan un estilo de poder suave muy *sui generis*, o de plano con formas muy tergi-versadas. En este caso están naciones como Rusia, China, India, Turquía o Brasil, o en tres casos bastante atípicos, Arabia Saudita, Venezuela y Corea del Norte.

Hace apenas tres años, la empresa Portland (sofpower30.com), dirigida por Jonathan McClory, se dio a la tarea de hacer un índice de poder suave, revisado y autorizado por el profesor Nye. El primer año del estudio, 2015, los tres primeros lugares de los 30 primeros países en el mundo con poder suave correspondieron a Reino Unido, Alemania y Estados Unidos, respectivamente. En el segundo año, 2016, la lista cambió de orden y empezó con Estados Unidos, seguido de Reino Unido y Alemania. En este 2017, la lista la encabeza Francia, al que le siguen Reino Unido y Estados Unidos. La mayoría de los países europeos y occidentales tienen un lugar predominante entre los primeros 15 lugares. Así, Italia, Bélgica, Australia, Holanda, Japón y Canadá tienen lugares altos en los tres años. Países como China, Rusia, Polonia y Brasil entran en la parte baja de la tabla de 30 países. Los tres países latinoamericanos que han aparecido en la lista son México, Brasil y Argentina, en la parte baja de la tabla. Más allá de todo nacionalismo y de las posibles inclinaciones occidentales del

informe, es importante entender que las percepciones globales también se construyen de esta manera y, por tanto, vale la pena revisar las razones del porqué naciones como India, Sudáfrica, Perú o Chile no tienen presencia en el *ranking*. Es muy temprano aún para saber si esta medición se mantendrá en un futuro como la brújula de poder suave mundial, pero en los años siguientes, será necesario tener respuestas y mediciones que tengan en cuenta la forma en que algunas naciones, claramente México, India o China, ejercen su poder suave, más allá del canon propiamente euroestadunidense.

Otro tema concomitante es el de los actores no estatales que usan variantes del poder suave, adaptado a su identidad e intereses, y ejercen una influencia internacional considerable. Esto no es nuevo, pero anuncia algo que el propio Nye ya toma en consideración en sus reflexiones recientes: el poder de influir e incidir en las sociedades está fragmentado; se ha hecho más horizontal, a partir de las nuevas tecnologías y los medios de comunicación híbridos. Así, en el caso de estos agentes, es posible hablar de un “cuasi poder suave” igual o más poderoso globalmente que el de algunos Estados, como el que ejercen empresas privadas, organizaciones internacionales, organizaciones no gubernamentales y, por supuesto también, individuos con mucha influencia y poder global. De ahí derivan algunas referencias de lo que hoy en día se debate como diplomacia de celebridades, diplomacia de ciudades, gastrodiplomacia, diplomacia religiosa o diplomacia ciudadana, todos estos, aspectos que apuntan al concepto más universal que aquí se debate.

El poder suave ocasiona controversias entre círculos diplomáticos. Con todo, considero que para entender realmente el poder suave en su justa medida, hay que evitar caer en reduccionismos y mecanicismos. Por un lado, el poder suave no es ni una solución mágica para una diplomacia en problemas, ni una estrategia imperial para someter a los débiles del mundo. Estas antípodas se instalan en posiciones mal informadas o mal intencionadas de cómo opera esta herramienta política en la práctica diplomática. Por otro lado, no basta con anunciar que un Estado está dispuesto a cultivar el poder suave en su política exterior, para que su diplomacia se transforme. Como muchas cosas importantes en la vida de las naciones, para adoptar una estrategia diplomática, el Estado traza las líneas de política exterior necesarias y posibles, para que los efectos sean eviden-

tes en la práctica. No hay un atajo o receta mágica. El poder suave es una estrategia de mediano y largo plazo. Para ponerlo en práctica se requiere, sin duda, una mezcla perdurable de voluntad, conocimientos, recursos y paciencia. Tampoco es posible transpolar experiencias e historias de otras naciones de manera automática a otras con visiones distintas. Quienes lo han intentado de esa manera han cometido uno de los errores más obvios de la política exterior: no atender a las bases de su identidad como nación. En consecuencia, como los intereses emanan de la identidad, a final de cuentas se tienen diplomacias transmutadas actuando con intereses que no están en consonancia con la historia, la cultura y la tradición que defienden.

Como he insistido antes, el poder suave no es un traje que se ajusta a la medida de las naciones. El primer paso, si hay que darlo, es definir el tipo de poder suave que se quiere seguir a partir de los objetivos de política exterior, enunciándolo de manera muy precisa. Existen países, como Rusia, Arabia Saudita, Cuba o Paquistán, para los cuales el poder suave no les significa mucho en un sentido literal del término. En el otro polo, hay naciones que en los últimos 20 años han capturado esta tendencia afirmativamente en su política exterior. Ejemplos sobresalientes, con estilos distintos, están a la vista: España, Australia, India, Arabia Saudita, Costa Rica, Chile, Perú, Tailandia, Vietnam o Corea del Sur, por mencionar algunos. Todos tienen alguna vertiente original de poder suave entrelazada con estrategias de marca país, cooperación, religión, cosmopolitismo constructivista, turismo, diplomacia pública, etcétera.

La pregunta clave emerge ahora: ¿es el poder suave una opción para una nación como México? Si la respuesta es intentar imitar la forma en que se articula en las grandes potencias, muy probablemente México tendrá muchas dificultades en su instrumentación dentro de su política exterior. México no puede replicar los recursos cuantiosos de las diplomacias pública y cultural de naciones como Francia, Estados Unidos o Reino Unido. Tampoco puede aspirar a la reformulación de una imagen de liderazgo mundial como Japón, Alemania o Canadá, dado que los activos de prestigio y reputación a esa escala no están presentes aún. Además, es importante resaltar que la política exterior de México carece de aspiraciones expansionistas y de predominio internacional, como sí las tienen actualmente China, Rusia o Estados Unidos. Por consecuencia, un poder suave basado en estos principios resulta inviable para México.

En sentido distinto, si México busca la construcción de un poder suave propio, con base en su historia, identidad e intereses, muy probablemente la diplomacia mexicana pueda darle viabilidad y sustancia a ese término. Atendiendo a su identidad diplomática, México se ha definido a sí mismo como una nación pacifista, respetuosa del derecho internacional y de la soberanía de las naciones. Su doctrina diplomática ha sido defendida bajo los principios de no intervención y autodeterminación de los Estados, la independencia y defensa de la soberanía, una visión antiimperialista y anticolonialista, y la visión de que la seguridad de México está vinculada al hemisferio occidental y al Sistema de las Naciones Unidas. Las bases de la política exterior mexicana han apelado al derecho internacional y el multilateralismo como ejes de integración a la sociedad internacional, utilizando la paz y el desarme como puntas de lanza de su acción, pero también ejerciendo un activismo y una solidaridad hacia temas relacionados con el mundo en desarrollo, contribuyendo a la intermediación de conflictos y, sin duda alguna, utilizando la diplomacia cultural como herramienta de entendimiento con otras naciones.

En una vertiente que nació después de la caída del Muro de Berlín, el pensamiento diplomático mexicano ha también optado por una visión más liberal y protagónica del papel que le toca desempeñar a México en un mundo claramente global e interconectado. Los valores que sustentan esta visión estarían vinculados al tema de la cooperación internacional, la defensa de los valores democráticos y el libre comercio con países estratégicos del mundo; contiene también una amalgama de objetivos que tienen que ver con atender temas de la sociedad civil, los derechos humanos, la movilidad humana global, el medioambiente, el crimen organizado y el tráfico de armas; finalmente, es importante subrayar el interés de utilizar la cultura y la diplomacia pública como palancas de una imagen internacional atractiva para México en el exterior. Es importante recordar que México ha sido una nación comprometida con la Agenda de los Objetivos de Desarrollo del Milenio y ahora con la llamada Agenda 2030, que consolida algunas de las preocupaciones previas, que son temas de la diplomacia multilateral.

¿Qué hacer con estos elementos doctrinarios que le dan forma y sustancia a la política exterior mexicana? Cabe recordar que la mayoría de las naciones con un poder suave exitoso y funcional han llegado allí a partir de la observancia de su doctrina y tradición diplomática, pero también a

través de adaptarse e innovar en áreas de su política exterior, en sincronía con las tendencias globales. Cabe recordar asimismo que los Estados son entidades políticas que construyen, definen y administran sus intereses en el exterior, y que estos intereses y esas definiciones se consolidan en prácticas diplomáticas que recurren a rituales de naturaleza simbólica que recrean las identidades de la nación, afirmando una continuidad con el pasado. La política exterior tiene que ver con un contexto cargado de una visión histórico-cultural que le da sustancia. El poder suave no es excepción.

En mi opinión, la apuesta para la construcción de un poder suave mexicano debe partir de una suerte de síntesis contemporánea de valores tradicionales y contemporáneos. Para construir los objetivos y el sentido de la política exterior mexicana con otras naciones, propongo desmitificar el hecho de que México haya tenido o tenga una misión primordial en su historia y, por consiguiente, con el resto del mundo. Creo que hoy se tiene la oportunidad de desmontar la visión esencialista y teleológica de la política exterior, como un buen primer paso para la construcción de un poder suave que sirva a los intereses nacionales actuales. Por ejemplo, en relación con la cercanía con nuestro vecino el norte, el hecho de que las relaciones con Estados Unidos sean la piedra angular de la política exterior mexicana en años recientes no debería llevar al país a asumir una dependencia política o económica. En otras palabras, habría que construir una relación estrecha y cordial, pero se tendría que evitar a toda costa el intervencionismo unilateral. En este sentido, una lectura propia del poder suave de México se refuerza con la tradicional política exterior que apela a una “relativa autonomía” frente a las potencias líderes, en la que se busca asumir posturas independientes en algunos temas, apelando a la ética y la legitimidad que, en contrapartida, brinden libertad a las acciones diplomáticas en otros temas y en otras áreas del mundo. Dentro de la lógica del poder suave, sería bueno preguntarse si con este discurso México ha sido capaz, en los años recientes, de articular la influencia y atracción que se necesita para incidir en las diversas regiones del mundo.

Para lograr los efectos positivos que la diplomacia busca, México podría fortalecer otro elemento estructural de la política exterior mexicana, que debería enmarcarse claramente como parte de su poder suave, y que es su compromiso con el multilateralismo, favorable a causas y valores más universales. En foros en los que el Sistema de las Naciones Unidas es

la plataforma más relevante, México ha asumido históricamente posiciones comunes con otras naciones, como la de apoyar la descolonización, el desarme, el derecho marítimo, la cooperación internacional para el desarrollo, la preservación del medioambiente, la lucha contra el narcotráfico, la migración internacional y una clara solidaridad con América Latina y el sistema interamericano. No es ocioso mencionar que en cuatro ocasiones muy representativas, México ha asumido la responsabilidad de participar en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas con resultados en general favorables. Esta actitud debería también enlazarse con la de construir un mejor modelo como “país mediador” frente a otras naciones, como ya lo ha hecho en otros momentos en el subcontinente americano y particularmente en Centroamérica y el Caribe.

Un elemento contemporáneo del poder suave que no se puede dejar de lado es la utilización de una diplomacia pública de alto nivel, en la que la comunicación diplomática estratégica, el uso de redes sociales, la apropiación de la esfera digital, de programas para la atención a mexicanos en el exterior y la producción de contenidos noticiosos para el mundo sean parte de un ejercicio cotidiano. Es verdad que desde por lo menos la entrada del nuevo milenio, la diplomacia mexicana ha tenido acciones en este sentido, pero éstas han sido parciales, casuísticas y, claramente, carecen de una coordinación más eficaz. La diplomacia mexicana debe contar con la información internacional relevante para entender las formas como se percibe en el exterior. Sería deseable acceder a los más sofisticados métodos de procesamiento y análisis de datos, a las tecnologías más sofisticadas para analizarlos en tiempo real, dándoles el uso adecuado que corresponde a una gran estrategia de poder suave. Esto es sin duda uno de los prerequisites para construir los mensajes, la narrativa y el discurso diplomático que México puede ofrecer al mundo con una visión más contemporánea. Esto conlleva la modelación de una imagen país de política exterior acorde con los objetivos y ambiciones que se necesitan. Hoy en día, no se puede aspirar al ejercicio de un poder suave con efectos palpables sin el uso de la diplomacia digital, con contenidos propios y conectada en redes de alta velocidad y una vasta capacidad de almacenamiento.

Sin embargo, desde mi punto de vista, la joya de la corona del poder suave mexicano debiera ser la fuerza y el empuje de su cultura. Esto va en consonancia con la construcción de la tradición cultural que México ha

hecho en el periodo posrevolucionario y que llega hasta nuestros días, en la forma de una identidad colectiva con un perfil nacional distintivo. La cultura tiene esa capacidad de envolver muchos elementos dispares en una visión que se articula con coherencia, como parte de esa identidad cultural tan reconocible en el exterior. La cultura tiene efectos simbólicos multiplicadores que pueden ser aprovechados con contenidos propios y que favorecen la conformación de un prestigio y reputación internacional.

La cultura también puede representar la manera en que los mexicanos cuentan historias al mundo: de Tres Zapotes al Monterrey metropolitano de grandes avenidas, de los tlacuilos prehispánicos a la pintura plumaria con chapopote de Laura Quintanilla, de la poesía de Nezahualcōyotl a la sonoridad vanguardista de Leticia Luna, de los emblemáticos tamales de guajolote a la fusión del *omakase* de tacos de Pujol, de las fotos exóticas de Elías Ibáñez y Sora al cine perturbador de Amat Escalante, de los pesados mascarones mayas de Puuc a las ligeras torres urbanas de Teodoro González de León, de la música rítmica precortesiana a las composiciones minimalistas de Hilda Paredes, del comercio y trueque precolombino a las empresas globales del Grupo Carso... La diplomacia cultural requiere acudir a su genealogía profunda para construir los discursos que representen el enorme atractivo y diversidad de México, con los claros signos identitarios de esta gran nación.

En síntesis, para lograr encontrar la clave del poder suave que ciertamente México puede ejercer en el mundo, debe, primero que nada, definir con mucha claridad el papel que quiere jugar como nación hacia el futuro, en un mundo complejo y competitivo. La Secretaría de Relaciones Exteriores cuenta con los conocimientos, la experiencia y el capital humano para responder a este reto de manera precisa, traduciendo esa visión en su política exterior. Mi apuesta primaria es que el poder suave de México debe descansar en tres pilares básicos: primero, debe atender la misión pacifista de su doctrina, basada en el diálogo entre naciones, el multilateralismo, el arreglo de diferencias por medio del derecho internacional, la intensificación de la cooperación internacional para el desarrollo a través de la Agencia Mexicana de Cooperación Internacional para el Desarrollo (Amexcid) y un compromiso firme con los Objetivos de la Agenda 2030 de la ONU; segundo, puede utilizar los fundamentos de su atractivo económico para potenciar áreas de desarrollo comercial, de emprendimiento y

de un turismo de nichos, desde donde se propongan regiones con valor agregado que tomen en cuenta el desarrollo local autóctono integrado a economías de escala, el posicionamiento de sus industrias conectadas a la producción global, el vigor de sus ciudades más cosmopolitas y la expansión a las redes globales de innovación, en las que el capital humano calificado mantenga su competitividad; en un tercer nivel, México debe usar la potencia de su atractivo cultural como punta de lanza de una estrategia ambiciosa e innovadora, haciendo del español su eje de posicionamiento regional y global, incrementando el contacto con la diáspora, generando institutos culturales de clase mundial, interconectando sus industrias culturales con vida propia —la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, el Festival Internacional Cervantino de Guanajuato, el Festival Internacional de Cine de Morelia, entre otros—, renovando la capacidad de sus patrimonios culturales para ponerlos en consonancia con el siglo XXI; esto además de utilizar a las universidades como plataformas de proyección y cooperación educativa para, finalmente, apostar por convertirse en el nodo neurálgico de contenidos digitales en español más importante en el orbe.

Para localizar los elementos necesarios de este poder suave que México puede ejercer en el mundo, la RMPE 111 es propuesta como una asamblea de voces informadas que distingue algunos elementos clave. En ella, un conjunto de personas con experiencia y conocimiento del tema se propone llevar a cabo un ejercicio sobre las ventajas de articular el poder suave en la diplomacia mexicana de manera propia y con una clara mirada estratégica. Este número de la RMPE es una apuesta por imaginar el poder suave que se puede y se debe articular como nación en el siglo XXI.

El número inicia con una reflexión de Agustín García-López Loeza, quien analiza la importancia de la Amexcid para la construcción del poder suave mexicano. Posteriormente, Luz Elena Baños Rivas presenta un artículo analítico sobre la perspectiva de diplomacia pública que México puede desempeñar con Estados Unidos, especialmente en atención a su comunicación y su diáspora en aquella nación, de cara al reto que ha impuesto el presidente de esa nación, Donald Trump. En un tercer artículo, Rebecka Villanueva Ulfsgard lleva a entender la importancia del tema de la cooperación internacional para el desarrollo para una nación como México, en el sentido de expandir su influencia entre naciones con desarrollo

medio, como rasgo de un liderazgo de potencia media. A continuación, Karina Olivares Jara presenta la posibilidad de asomarnos a las ciudades mexicanas como fuentes de poder suave para México, donde localiza un núcleo básico de influencia regional y global, poniendo especial acento en la noción de *urbanidad*. Posteriormente, Francisco López Ruiz ayuda a entender la forma en que los patrimonios culturales de México, específicamente aquéllos atesorados en sus museos, puede ser de mucha utilidad para la construcción de esa nueva narrativa cultural que requiere el país. En la misma línea, Pablo Raphael presenta un análisis sobre la importancia de las relaciones culturales entre México y España, a 40 años del restablecimiento de relaciones oficiales con aquella nación. Enseguida, Daniel Aguirre Azócar y Matthias Erlandsen presentan la importancia que tiene la diplomacia pública para la Alianza del Pacífico, específicamente desde la perspectiva de las redes digitales.

La RMPE presenta tres reseñas de libros que se acercan a temas cercanos al eje temático del poder suave. Eduardo Luciano Tadeo Hernández hace una revisión desde una perspectiva de diplomacia pública del libro de Manuel Castells, *Comunicación y poder* (2012). Yessica Rubio Jiménez revisa con atención el libro de Leonardo Curzio, *Orgullo y prejuicios. Reputación e imagen de México* (2016). Edgardo Bermejo Mora desmenuza la relevancia del informe *La imagen de México en el mundo 2006-2015*, coordinado por quien suscribe esta presentación, con el apoyo del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) de la Secretaría de Educación Pública (SEP) y la Universidad Iberoamericana en 2016. Se incluye también en la sección Dossier un comentario de Rossana Reyes, quien cuenta la experiencia de traducir del inglés al español el libro *Soft Power: The Means to Success in World Politics*. Finalmente comparto con entusiasmo la entrevista que tuve el honor de realizar al profesor Joseph S. Nye en relación con el tema central para este número, con una charla que deriva en temas de la política internacional.

¿Es el poder suave una caracola de mar? La apuesta al conformar el presente número de esta revista ha sido que en efecto lo es, que Carlos Fuentes tenía razón al invocar esa imagen poética en relación con su diplomacia y su cultura. Al hablar de la construcción del poder suave para México en esta presentación, también he querido decir que ése es aún un proceso, un trayecto en el que se va y una meta que posiblemente ayude

a completar muchos de los aspectos clave de esta nación en el ámbito de la política exterior. De hecho, me preocupa que los sonidos que salen de esa caracola mexicana empiecen a disminuir y que los abanderados de los temas mexicanos en el mundo no sean lo suficientemente influyentes para dar razón de esta gran nación. No sólo se han ido algunos de los grandes promotores mexicanos, como José Vasconcelos, Jaime Torres Bodet, Leopoldo Zea, Octavio Paz, Fernando Benítez, Fernando Gamboa, José Iturriaga, Hugo Gutiérrez Vega, Alejandro Aura, Rafael Tovar y de Teresa, Luz del Amo o el mismo Carlos Fuentes. También han partido algunos “mexicanólogos” clave como Friedrich Katz, Gabriel García Márquez, Chavela Vargas, George Grayson, Edward James, Raquel Tibol o Álvaro Mutis. Otros más ya están retirados o lejanos a los temas que los atrajeron de jóvenes hacia México, desde donde hicieron obras magníficas como contribuciones originales en muchos campos del conocimiento. La nueva generación de promotores mexicanos con experiencia, capacidad y poder de encauzar el buque hacia el mundo global no se decide aún a tomar el timón, en un *impasse* francamente incomprensible e innecesario.

Si México ha de soplar esa caracola, debe apelar principalmente a la fuerza de su gente, de sus tradiciones, de sus intelectuales y artistas, y, por supuesto, de sus diplomáticos en un sentido fundamental, como representantes de esta nación en el mundo. Estoy seguro de que los sonidos que emerjan de las cavidades de la concha serán una señal inequívoca de la fortaleza con la que este país está dispuesto a enfrentar los retos del siglo XXI.

Cierro con un enorme agradecimiento al Instituto Matías Romero (IMR) y a su directora general, Natalia Saltalamacchia Ziccardi. Siempre he pensado que es a través de las instituciones y las personas que las dirigen como se pueden trazar de forma más constructiva las rutas de viaje de las naciones y de sus sociedades. Con su generoso gesto al invitarme a coordinar este número, la directora general del IMR impulsa también una reflexión sobre el quehacer diplomático mexicano dentro de la Secretaría de Relaciones Exteriores desde el prisma del poder suave, al que muchos consideramos un tema de gran relevancia para el futuro de la política exterior de México. Celebro el liderazgo de la doctora Saltalamacchia y me sumo a su visión con perspectiva del siglo XXI en el IMR.

De la misma manera, quiero agradecer al equipo editorial de esta magnífica revista, empezando por María Constanza García Colomé, directora de Producción Editorial, y a sus espléndidos asistentes, Gabriel López, Pedro Ángeles y Armando Cornejo, quienes han hecho que las ideas que aquí presentamos transiten sin mayores problemas a la inteligencia del lector, desde ese noble oficio que es la corrección editorial. No deja de sorprenderme la capacidad de este equipo de proponer soluciones brillantes a las dificultades editoriales que le hemos presentado.

Finalmente, una felicitación a la Secretaría de Relaciones Exteriores y su cuerpo diplomático por mantener una revista de tan alta calidad, que ofrece la posibilidad de conservar una memoria de la política exterior de México, pero que también es un espacio de reflexión sobre temas de coyuntura que enfrenta el país, aunados a aquellos asuntos de tono más académico, desde donde personas como yo podemos ofrecer eventualmente alguna modesta opinión.